



La Historia de mi Madre

Por Laura Batz Townsend

En abril del año pasado, yo estaba sentada con mi mamá durante una visita que hacía a la casa de mis padres. Veíamos televisión en la sala familiar. Como era lunes por la noche, estábamos observando a Jack Bauer en “salvar el mundo” en el canal 24. Nos encantaba ese programa. Era un ritual nocturno que repetíamos cuando yo iba a San Antonio a visitarles. Como mi padre ya dormía y mis dos hijas estaban metidas en la cama, mamá y yo tuvimos tiempo para relajarnos y ponernos al día. Siempre apreciaba esos momentos y hasta ahora se mantienen como parte de mis mejores recuerdos. En esa noche en particular, mientras charlábamos y veíamos el programa, mamá estaba revisando el papeleo del hospital, preparándose para su cirugía de reemplazo de rodilla que se realizaría al día siguiente. Ella era muy tranquila. Mamá estaba lista para tener su cirugía, la había planificado de tal manera que tendría tiempo suficiente para recuperarse antes de que naciera su cuarto nieto, Riley Bruce Hamilton Batz.

La mañana siguiente fuimos al hospital. Mi papá, mi tía Joanne y yo la acompañamos en la sala pre-operatoria. Ella estaba tranquila y fuerte. Yo estaba muy orgullosa. Las enfermeras fueron a buscarla, le di un beso y le dije que la vería dentro de poco. Durante un par de horas, Papá, Joanne y yo permanecemos sentados un poco nerviosos en la sala de espera. Siempre pensé que ésta era la parte que daba más miedo de todo el proceso de atención en salud, la cirugía. El doctor salió y nos dijo que la intervención había sido exitosa y que mamá estaba bien. Todos quedamos muy aliviados, en especial mi papá, que había sido un manojo de nervios. La parte más difícil había ya terminado. Mamá estaba en camino de recuperación, centrándose en la idea de poner en forma su nueva rodilla.

Después de la cirugía llevaron a mi madre a su habitación del hospital. Mamá me pidió pasar por casa para buscar su chaqueta de noche porque tenía frío. Recogí su chaqueta y a mis hijas -Ela y María Luisa-. Regresé con las niñas al hospital, ellas llevando flores y globos para mi mamá. La querían tanto. Ela, de cuatro años de edad en ese momento, tenía una relación muy especial con mi mamá, pues ella la cuidaba al menos una o dos veces a la semana. Su actividad favorita era sentarse en la cocina y estar allí coloreando y jugando con muñecas. Cuando Ela era bebé, creo que mi mamá iba a cambiarle de ropa por lo menos tres veces al día - cada vez un nuevo vestido y gorro-. Mamá me ayudaba mucho. Ella era una fuerte presencia en mi vida y en la de su nieta. Nuestra hija menor, María Luisa, acababa de cumplir un año. En

1



ese breve tiempo, el vínculo entre ella y su abuela estaba también volviéndose fuerte. Cada vez que veía a mi mamá, pateaba con sus piernas y estiraba sus brazos tratando de saltar de los míos a los de ella. Había alegría en sus ojos cuando veía a mamá. Mirando hacia atrás, estoy muy contenta de que las niñas hayan tenido la oportunidad de conocerla.

Llevé a las niñas de vuelta a casa y volví al hospital. Con mi papá y tía estábamos tratando de decidir si uno de nosotros debería quedarse acompañando a mi mamá en el hospital durante la noche. La enfermera nos aconsejó volver a casa porque según indicó, mi madre realmente necesitaba descansar. Mamá tenía que levantarse a las 5 a.m. para asistir a su primera sesión de fisioterapia. A las 22:00 le di un beso y le dije que estaba haciéndolo muy bien y que la quería. Nunca imaginé que iba a ser la última vez que ella hablaba conmigo, que me deseaba buenas noches y que me decía que también me quería. Nunca dejaré de desear no haber escuchado a la enfermera aquella noche, debí haberme quedado con mi mamá.

Llegué a casa y mi papá llegó una hora después. Estaba tan aliviado de que todo había salido bien ese día. No estaba contento con la idea de acostarse sin mamá, pues siempre estaban juntos. Nunca pasaban tiempo lejos el uno del otro. Mamá y papá habían sido pareja durante casi 50 años. Papá y yo nos sentamos a charlar hasta alrededor de la medianoche y luego decidimos acostarnos.

El teléfono sonó alrededor de las 4 a.m., era una llamada del hospital. El personal informó a papá que mamá tenía problemas para respirar y nos aconsejó ir de inmediato. Nos vestimos y salimos de prisa. En el camino llamé a mi tío Charlie, que es médico, él me dijo todo iba a salir bien y que muy probablemente las enfermeras ya le habían dado oxígeno. Me tranquilicé un poco, sin embargo sentía en el estómago una suerte de pánico. Pensé que sólo me relajaría hasta ver a mi madre personalmente.

Llegamos al hospital y corrí hacia su habitación. Al dar la vuelta por el pasillo, vi a un guardia de seguridad afuera de su puerta. Mi pecho se apretó y mi corazón se hundió. Algo estaba realmente mal. ¿Por qué había un guardia de seguridad en la puerta de la habitación? Ingresé y en ese momento sentí un dolor que nunca he experimentado en mi vida. Pensé que mi mamá ya había fallecido. Tenía la piel blanca y permanecía inmóvil en la cama. La enfermera estaba bombeando oxígeno en ella. No podía respirar por sí misma. En ese momento supe por qué había un guardia de seguridad. Empecé a gritar y me costó mucho no tirar cosas contra ellos. ¿Por qué le pasó esto a mi madre maravillosa y dulce? Es tan difícil describir las



emociones de ese momento, pero sentía como si mil cuchillos entraran en mi cuerpo. Esos primeros instantes fueron de una angustia y dolor que nunca he sentido en mi vida. Nos dijeron que mi mamá había sufrido de depresión respiratoria. Inmediatamente llamé a nuestro querido amigo el Dr. Scott Campbell que además era médico de urgencias. Llegó al hospital en quince minutos y armó el equipo de médicos que iban a tratar de salvar a mi madre. Estaré agradecida con Scott durante el resto de mi vida. Trató desesperadamente de salvar a mi madre y de ayudarnos para que la familia y los amigos tuviéramos la oportunidad de estar con ella por última vez.

Durante diez días mi mamá permaneció en terapia intensiva. En esos diez días, hicimos un millón de preguntas de cómo pudo haber sucedido esto. No tardamos mucho en darnos cuenta de que ella estaba en esa condición debido a un error médico que pudo prevenirse. Tenía la sensación de que mi mamá había sido atropellada por un conductor borracho. Fue todo muy repentino y podría haber sido evitado. ¿Cómo pudo haber pasado esto? El padre de mi mamá, mi abuelo, su hermano, su hijo, su nuera y su cuñada eran todos médicos. Empecé a hacer algunas investigaciones y rápidamente me di cuenta que la seguridad del paciente era un gran problema en todo el país. No tenía idea que cada año murieran tantas personas por errores médicos. Las pocas horas que no estuve en el hospital con mi mamá, hice investigaciones para aprender todo lo posible sobre la seguridad del paciente.

Durante la siguiente semana, muchos amigos nos brindaron amor y apoyo. Fue realmente sorprendente. Todo era un tributo a mi mamá, pues mucha gente la quería. Creo que en el hospital nunca se había visto algo similar.

Mientras crecía, ella casi nunca se enfermó. Tengo memoria de sólo una o dos veces en que mi mamá estuvo demasiado enferma como para no poder cuidar de nosotros, y eso apenas duraba un día. En el hospital me sentaba cerca de ella día y noche, tomaba su mano, daba masajes a sus pies y ponía compresas de hielo en su frente cuando su fiebre subía. Sólo trataba de cuidarle de la misma manera que ella siempre se había preocupado por mí. Sin embargo, sabía que nunca podría hacerlo tan bien como ella lo había hecho. Le dije una y otra vez que la quería mucho y que era una madre maravillosa. Seguía esperando un milagro. Esperaba que ella se despertara, me mirara y me dijera que todo iba a salir bien. Sin embargo, el daño cerebral que había sufrido era demasiado grande. Ocho días más tarde nos dijeron que nunca podría recuperarse.



El 26 de abril tomamos la terrible decisión de desconectarla de la máquina de respiración asistida. Tomé la mano de mi mamá y le acaricié la cabeza mientras ella luchaba, inconscientemente, para respirar. Le supliqué dejar de luchar, quería que dejara de sufrir. Le dije que íbamos a estar bien, que ya era hora de que se fuera al cielo y que pudiera cuidar de nosotros desde allí arriba. Mi tía Joanne la tomaba de la otra mano diciéndole lo mismo. Mi hermano se paseaba por los pasillos. No podía soportar verla luchando por respirar. Su esposa, Ginger, se sentó en la esquina de la cama con la cabeza hacia abajo, llorando. Mi esposo Michael estaba detrás de mí masajeando mis hombros. Él nunca se fue de mi lado. Mi papá estaba sentado en la silla junto a ella en estado de shock. Sus ojos estaban vidriosos, era un hombre con el corazón roto. Miré los monitores, el nivel de oxígeno finalmente llegó a cero y el monitor del corazón dibujó una "línea plana". Mi mamá finalmente había fallecido. Fui al pasillo y me senté en el suelo, llorando. Yo estaba aterrorizada porque ya no sentía la presencia de mi mamá. Siempre tuvimos una conexión muy especial y por primera vez no podía sentirlo. Tenía miedo, ella no iba a volver

Fui a casa para decir a Ela que su abuela se había ido al cielo. Ella lloraba y no lo comprendió. Me preguntó si su abuela iba a volver. Le dije que no, pero que ella siempre estaría con nosotros, sin importar dónde nos fuéramos. Después de haberme preguntado si ella estaría en la escuela, en el auto o en varios otros lugares, cuestionó si estará con nosotros "incluso si nos fuéramos a México". Me reí a través de mis lágrimas. Los niños son maravillosos y una eterna fuente de alegría. Me di cuenta de que era exactamente cómo sentía yo a mi mamá y como ella nos sentía a nosotros. Supe que estuve bendecida por su amor durante 35 años. Siempre guardaré esos recuerdos y momentos en mi corazón. A pesar de que Ela sólo compartió cuatro años con mamá, sé que ella será capaz de llevar también esos recuerdos benditos en su corazón. Ela habla de mi mamá todo el tiempo. Ella se sonríe hasta ahora al recordar algo divertido que hicieron juntas y claro, ella también llora. Un día pregunté a Ela cuál era su recuerdo preferido de mamá. Ella dijo: "me encantaba colorear con ella. Siempre coloreaba conmigo. Ahora no hay nadie que se siente conmigo a colorear en la cocina y me siento sola." En estos momentos mi corazón se rompió en pequeños pedazos. Al menos Ela guardará esos recuerdos. La mayor tragedia es que María Luisa no recordará a mamá. Le diré que ella se emocionada mucho al verla, pero ella no tendrá recuerdos como sí los tenemos Ela y yo. En estos momentos me pregunto una y otra vez, ¿cómo pudo suceder esto? Mamá no murió de una enfermedad terminal o una condición médica grave, murió por un error evitable. ¿Por qué?



A partir de la muerte de mi mamá y de tener claro lo que había sucedido, asumí un nuevo propósito y enfoque, mi vida tomó una nueva dirección. La mañana siguiente me levanté y escribí la misión y los objetivos de la Fundación Louise H. Batz para la Seguridad del Paciente. No iba a dejar que la muerte de mi mamá pasara inadvertida. No quería que otras familias experimentaran el dolor y la pérdida que habíamos sufrido mi familia y yo. Mi mamá nunca hubiese querido que otras familias sufrieran como nosotros. Por eso, el año pasado y con la ayuda de muchas personas increíbles, hemos establecido la Fundación que lleva el nombre de mi madre.

En pocos meses hemos logrado mucho. Siento que mi mamá está conmigo. Sé que mamá y Dios me guían en este viaje. Trato de pensar en lo que ella habría hecho. Ella siempre creía que había soluciones. Cuando sus amigos la llamaban para decirle que estaban enfermos o tenían algún problema, ella inmediatamente empezaba a llamar a nuestros amigos médicos, a investigar en Internet o hablar de interesantes artículos que había leído y que le parecían útiles. Recientemente descubrí que ella guardaba archivos de tarjetas indexadas y marcadas con consejos útiles e información para aquellos momentos que alguien los necesitara. Es asombroso. Siento que estoy simplemente trabajando en su nombre. Estoy haciendo lo que ella hubiese hecho.

Estoy muy contenta con el lanzamiento de nuestro sitio web en este mes de abril. Hemos desarrollado paquetes de atención al paciente que sus familias y sus cuidadores pueden usar, mientras estén en el hospital. Ahora sé que si yo hubiese hecho las preguntas correctas, mi madre estaría conmigo hoy. Si todos pudiéramos haber trabajado juntos como equipo, con las enfermeras y los médicos, el resultado habría sido diferente. Todavía tendríamos tiempo de calidad juntas viendo a Jack Bauer salvar el mundo una vez más. Mi mamá ayudó y apoyó a mucha gente durante el tiempo que estuvo con nosotros. Espero que su Fundación deje un legado de ayuda para muchas otras familias y por muchos años.